

Esperando al desorden



Kenshinkan dôjô 2015

Había leído “*Esperando a los bárbaros*”, el gran poema de Kavafis que refleja, como pocos, la necesidad de introducir en la vida un elemento clave para darle Emoción: el *Desorden Ordenado*, su Movimiento.

En el desarrollo de esa *Obra de Arte*, todos se detienen ante la inminente llegada de los bárbaros: senadores, oradores e incluso el propio Emperador.

Existe -sueñan todos- una posibilidad de reactivar la vida anodina, pero esa perspectiva de cambio no se produce al final y el sueño de una solución, que pudiera haber dado sentido a sus existencias, se esfuma entre los ciudadanos. Los bárbaros, nos dice Constantino Cavafis, podrían haber sido esa deseada Solución.

También el gran José Hierro en, “*Para un esteta*”, se dirige al maestro de maestros, Juan Ramón Jiménez, advirtiéndole acerca del “*maravilloso desorden de las cosas*”. Juan Ramón, un genio hiper-organizado, pretendía controlar su Obra hasta extremos que superaban este “*Espacio-Tiempo*”. Vida y muerte son tu Obra, le espetaba Hierro y, juntas, irán a dar a la mar, que es el morir. El poeta establece aquí un alegato al *Movimiento Constante* de las cosas defendiendo su “*maravilloso desorden ordenado*”.

Yo, el alumno más mediocre de estos dos genios, salí a pasear con ellos, ávido de respuestas, meditando sobre las palabras que esos dos astros de la Poesía habían sabido componer, para explicar el “*desorden ordenado*”; y así, silencioso, di con mis pasos en el dôjô, para descubrir que, también allí, como en esas canciones que he mencionado, todo era demasiado perfecto para ser cierto.

En efecto, había llegado a media tarde, una hora en la cual el ir y venir de unos y otros era, siempre, motivo de inquietud, algarabía y bullicio; no obstante, todo se encontraba en perfecta quietud; la atmósfera permanecía varada en una calma aburrida, y el interior, como esas cosas ya perdidas y olvidadas, se había rendido a lo que era su solo recuerdo.

Sí. Era como si se hubieran esfumado, de una vez, las Emociones, y todo el contenido de aquel lugar increíble se hubiera transformado, súbitamente, en un sueño efímero y perecedero.

En silencio dejé la mirada sin rumbo, recorriendo las caligrafías que, suspendidas en los lienzos de las paredes blancas, me habían hablado en otras ocasiones del propósito firme de los ideales. Recordaba su mensaje infinito, pero ellas se dirigían a mí con una voz tan tenue y tan poco firme que me impedía escucharlas con nitidez, comprenderlas y creer en ellas.

Después, mis pasos continuaron más hacia el interior, siendo mi percepción idéntica: la soledad había barrido todo ápice de curiosidad y ya nada me decían los elementos ancestrales que allí habitaban, ni siquiera ese otro estandarte, siempre presente, que es el *kamidana*.

Únicamente las *nafuda* recibían de mi parte una mirada furtiva, para encontrarme en ellas con quienes ahora no estaban: los estudiantes de la Escuela.

El vacío, como el orden, se había vuelto tan pesado como la ausencia, la distancia y casi, casi, la muerte. Sí, aunque la belleza de aquel espacio era absoluta, ordenada, singular, exótica, única y atrayente, había dejado de ser, para mí, la Belleza Perfecta.

¿Dónde, me preguntaba, había marchado la Vida...? ¿Cuándo volverían -me decía a mí mismo: el *Ordenado Desorden*, ese *Ruido* de sables que golpea y retumba en las esquinas, aquella *Incertidumbre* que da pie a unas *Iniciativas*, el sonido de las *Palabras* que intentan definir la *Energía*, el *Llanto*, las *Lágrimas*, la *Risa* de la *Alegría*, el *Grito* desgarrador, o ese *Silencio* desprendido de alguna *Conquista Interior*...?

Entonces me senté justo en medio, dispuesto a meditar sobre el Orden de las cosas y su Desorden; sobre ese Vacío, que siempre ha de Contener, para llegar a Ser; sobre el Silencio Mayor capaz de vivir entre ruidos, y comprendí que la esencia de este dôjô es su Movimiento Constante; su razón, la permanente Búsqueda de una mejor dirección; las Incógnitas que de él surgen, Oportunidades únicas para despertar la Inteligencia y que todo ello, finalmente, lo han conformado y conforman sus estudiantes.

Y desde ese día estoy aquí, en permanente silencio, a la espera de que vuelvan, raudos, los días luminosos: esos que traerán consigo tantos nombres propios, hombres y mujeres capaces de llenar este vacío, instaurando en su interior: la propia Vida, el *Desorden Ordenado*.

Kenshinkan dojo 2015